

nitiva dividir al Norte y turbar el país. Estos tristes resultados se atribuían á la creación de bonos del Tesoro, á la suspensión del *Habeas corpus*, á la proclamación de la emancipación, y finalmente, al empleo de los negros en calidad de soldados del ejército.

Nada de esto sucedió, no obstante. Los hechos acreditaron la prudencia de las medidas adoptadas por el Presidente, y pronto viéronse todas ellas aceptadas unánimemente en calidad de armas de guerra necesarias á la pública salvación.

Curioso es hoy pasar en revista los cargos de que entonces se censuraba á Lincoln.

De un lado le hallaban demasiado conservador, y de otro demasiado radical.

Acusábanle los conservadores de hacer la guerra para destruir la esclavitud, y los radicales de hacer nada ó muy poco, en favor de la libertad. Un partido le trataba de tirano y de usurpador, mientras el otro lamentábase de la dulzura que empleaba el Gobierno con los traidores y con todos cuantos simpatizaban con los rebeldes.

Según éstos, iba demasiado deprisa, según aquéllos con sobrado miramiento. Algunos maldecían de sus belicosas tendencias, otros, por el contrario, deploraban sus disposiciones pacíficas. Para algunos, sus resoluciones despóticas ponían en peligro la libertad americana; otros, en fin, vislumbraban ese peligro en las debilidades de la autoridad.

Todas esas opiniones acabaron por adherirse á la política de Lincoln que en el día á que hemos llegado, 1864, había sabido conducir, á través de la tempestad desencadenada de pasiones que surgían á su alrededor, de un modo propio para captarse las simpatías y el apoyo general.

En este momento, todos los periódicos hablan con respeto del Presidente, los soldados le quieren y le honran, y nadie, sea cual sea su opinión política, sus ideas sobre el origen, el sistema y la marcha de la guerra, deja de convenir en que Lincoln se ha mostrado á la altura de su misión, gracias, sobre todo, á su maravilloso buen sentido y á su incontestable honradez.

Incorruptible en medio de la corrupción perseverante, cuando todos desfallecían, franco respecto á los hombres que jugaban con cartas dobles, había conquistado, como Washington, la confianza plena del pueblo. Seguro era el éxito para el ejército que mandaba y á la cabeza del cual había puesto generales que cumplían escrupulosamente sus órdenes y cuyos consejos escuchaban con atención cuidado-

sa; Grant, Sherman y Sheridan que vamos á encontrar en los inmensos campos de batalla, del Potomac y del Mississipi.

Para salvar la República y abolir la esclavitud que la había puesto en peligro, el Norte levantó en su territorio dos millones quinientos treinta mil hombres á los cuales se distribuyeron ocho mil cañones y dos millones de fusiles; en un momento dado tuvo un millón setenta y dos mil quinientos combatientes en pie de guerra.

A estas cifras es necesario añadir la marina regular de los Estados Unidos, ciento veintiséis mil quinientos treinta y cinco marineros ó soldados de infantería de marina sirvieron en la flota sin contar á los obreros y empleados en las canteras y los arsenales.

Recuérdese cuán precaria era en 1861 la situación del Gobierno federal y se comprenderá el ímpetu con que contestó la nación á los sucesivos llamamientos dirigidos por el Presidente á los diferentes Estados que continuaban fieles á la Unión.

Uno de los últimos historiadores de la guerra civil en América compara la rapidez con que fueron reclutados los batallones de voluntarios, reunidos y organizados en el Norte, á las legiones de esqueletos que, según nos dice la Biblia, se levantan y toman vida y forma á la voz del profeta Ezequiel en una silenciosa y desierta llanura, donde yacen esparcidas y descarnadas innumerables osamentas.

En verdad que es poética la imagen; la repentina creación de los grandes ejércitos americanos vista á distancia, tiene algo de milagrosa, pero observada de cerca, se disminuye la proporción. El extranjero que asistía al alistamiento del ejército americano, veía un extraño espectáculo en que la grandeza del objeto desaparecía ante la ridiculez de los medios empleados. Grotesca era la *mise en scene* y muchas veces se celebraban entre bastidores los más punibles tráficos. Inmenso era el patriotismo, es verdad; pero entraban en juego también otros sentimientos como la vanidad, la ambición y la especulación; y el práctico y calculador espíritu del americano, no perdía nada de su ingeniosa travesura en medio de los peligros de la nación.

El ejército americano, tan nacional por su composición como por su espíritu, ejército que representaba en proporción exacta los diversos elementos de que la población se compone, no tenía relación ninguna con nuestros ejércitos de Europa, ni con el mismo ejército permanente de la República.

Votaba el Congreso ó proclamaba el Presidente

en virtud de poderes extraordinarios un levantamiento de setenta y cinco mil, cien mil ó quinientos mil hombres. Hecho esto, no intervenía en el alistamiento la autoridad federal que sólo debía limitarse á recibir los regimientos reunidos en los diversos Estados, según el contingente que se les había asignado. En los Estados particulares el gobernador hacía el reparto entre las ciudades y dejaba á la iniciativa individual el cuidado de proporcionar el contingente pedido.

El teniente coronel señor Ferri Pisani, que viajaba por los Estados Unidos en 1862, ha dibujado un cuadro exacto de la formación de los cuerpos de voluntarios en el comienzo de la guerra, cuadro que será leído con interés y que me parece indispensable, para darse cuenta del estado en que se encontraba la sociedad americana bajo la Presidencia de Abraham Lincoln.

Dice el señor Pisani: «Apenas hubo decretado el Congreso los primeros levantamientos, millares de ciudadanos sin otro mandato que la más ó menos justificada confianza en sí mismos y en su supuesta notoriedad, se distribuyeron, entendiéndose que en provecho propio, el inmenso trabajo del reclutamiento y de la formación de cuerpos y cuadros, dejando al Gobierno cruzado de brazos, y contemplando el espectáculo de un ejército que se organiza por sí mismo y aguardando tranquilamente á que se lo diesen hecho.

»Llamaba uno á todos los que le querían para capitán y levantaba una compañía; titulábase coronel otro y organizaba un regimiento. Muchos, de golpe y porrazo, anunciaban la formación de una brigada.

»El espíritu de ilimitada y desenfrenada concurrencia, que es el alma de los Estados Unidos, inspiró tan extrañas operaciones.

»Cada empresario militar quería arruinar á su vecino, es decir, robarle sus reclutas. El que había empezado por titularse general bajaba sucesivamente sus pretensiones por falta de clientes, hasta contenerse con el mando de un pelotón. Otro, entusiasmado por el éxito, pasaba al regimiento después de haber completado una compañía y formado el regimiento emprendía el alistamiento de una brigada. Una vez realizado el efectivo de cada fracción, los diversos jefes se entendían para completar mutuamente el todo. Mitad por elección, mitad por influencia del jefe se distribuían los grados de oficiales: después, llevada ya á cabo la organización completa, se ofrecía el todo al Congreso que aceptaba jefes, oficiales y soldados al por mayor, dando una comi-

sión á unos, ratificando el alistamiento de otros, prestándose á todas las condiciones particulares exigidas por cada cuerpo, respecto á su denominación, armamento, uniforme y hasta á su servicio.

»Para daros una idea, añade el autor, de este sistema espontáneamente improvisado, sin inteligencia anterior, y á la vez en todos los puntos del territorio, lo compararé al que en otros tiempos se practicaba en Francia para los empréstitos nacionales antes de la grande y hermosa innovación de la llamada directa hecha por el Estado á los ahorros de cada ciudadano. Habiéndose autorizado por las Cámaras un empréstito, el Gobierno dió á conocer sus condiciones á cierto número de grandes banqueros que afianzaban el crédito del Estado con su propio crédito, atraían suscriptores, colocaban sus títulos y llevaban al ministro de Hacienda, que estaba dispuesto á recibirlo de ellos, el importe del empréstito cubierto en su totalidad.

»En los Estados Unidos, el crédito militar y moral de cierto número de particulares se ha interpuesto entre el Estado y la masa de la población, y ha sido la palanca que ha hecho levantar, casi de repente, un ejército no muy bueno si se quiere, pero al fin ejército numeroso que con el tiempo pudo hacerse excelente.

»Naturalmente, semejante movimiento, penetrando hasta las profundidades de la sociedad americana, en donde tantas cosas nuevas aparecen en contra de lo que se ve en la vieja Europa, ha debido traducirse por las más singulares excentricidades.

»Tenemos en este momento en Nueva York el espectáculo extraordinario de la operación del alistamiento en pleno ejercicio. El gran Barnum es el modelo y el maestro de todos los ciudadanos que aspiran á vengar el honor de la bandera federal, bajo el título y con los honorarios ó paga de capitán, de coronel y de general. El genio del reclamo puesto al servicio de la patria, se eleva á incommensurables alturas.

»La brigada llamada Excelsior, una de las que primero se formaron, y que es en verdad muy bella, ha tenido desde luego su centro de alistamiento establecido en una magnífica casa cubierta de colgaduras y banderas. Un pueblo inmenso se presentaba delante del gigantesco balcón adornado con guerreros emblemas, en medio del cual una orquesta militar lanzaba sobre la multitud torrentes de armonía. Después, por intervalos un patriótico discurso elevaba á su colmo el entusiasmo excitado por la música y por la vista de las banderas y tro-



feos. Entonces un movimiento se propagaba á la multitud, y bajo la extendida mano del orador, acompañada del gesto tradicional y de una fórmula análoga á la famosa fórmula: *¡Seguid el mundo!* oleadas de pueblo invadían las salas y cubrían con sus firmas los registros de la recluta. Generalmente cada cuerpo que se formaba en Nueva York tenía una mesa de alistamiento en Broadway, y por otra parte una tienda de donde se tomaba nota de los empeños, situada en la Casa Ayuntamiento. Estas tiendas formaban un pequeño campamento, por medio del cual circulaba una multitud curiosa y grave, porque todo se hace con gravedad en los Estados Unidos, así como todo se hace riendo en Francia.

»Cierto es que si el espectáculo de un campo semejante se expusiera en la plaza de la Bastilla, la crítica y la ironía de los obreros de los arrabales se ejercería sobre estos inagotables objetos. Lo que allí hay de grato, es el contraste entre la seriedad imperturbable de los reclutadores y de los reclutados, y el estilo, la forma y medios de los reclamos; reclamos que sólo habría que transportar á uno de nuestros pequeños teatros, para excitar la hilaridad general. Estos carteles representan en su mayor parte un soldado de la Unión exterminando á sus enemigos. Arriba aparece un patriótico llamamiento, diestramente unido ó enlazado á la enumeración de los títulos particulares que el jefe del cuerpo y su regimiento creen tener á la confianza pública. Por ejemplo: «Atención, ¡jóvenes que queréis vengar la patria! ¿Dónde hallaréis un regimiento que aventaje á los cazadores de Lincoln ó á los zuavos de Nueva York? Todos sus oficiales están instruidos en el arte de la guerra; el coronel será un graduado de West-Point, etc.» En muchos casos el ciudadano que manda el regimiento no ocupa sino el puesto de teniente coronel, dejando el empleo de coronel sin proveer, á fin de atraer al público por la esperanza de verle ocupar por un graduado de West-Point, ó sea un oficial del ejército permanente, alumno de la escuela militar; promesa seductora con la que se prueba el efecto que hace sobre las masas que se hallan animadas en el fondo de un verdadero buen sentido y de cierto instinto militar.

»Después viene el detall de las ventajas que la República ofrece al reclutado ó enganchado: sesenta francos al mes, víveres en abundancia, buenos uniformes y un lote de tierra al expirar el tiempo del servicio.

»Las partes capitales del reclamo están siempre

señaladas para llamar la atención del público por una mano con un dedo extendido como se figura y representa en los postes de los caminos.

»Yo he visto pobres irlandeses llenos de hambre devorar con su vista esos gigantescos carteles, fascinados como estaban por manos diabólicas, en el extremo de las que se hallaba la enumeración completa de los comestibles que constituían la ración: pan, vino, carne, legumbres, cerveza, etcétera. Es necesario creer que ha habido allí algunos ejemplos de concurrencia desleal, chocando en medio de estas operaciones en parte industriales y en parte militares, porque después del anuncio laudatorio del contrato, se leía muchas veces una nota previniendo al público contra los prospectos engañosos de ciertos empresarios sin conciencia que prometían á los ciudadanos incautos, ventajas que no había asegurado el Congreso.

»Para los regimientos ya formados que tienen necesidad de un complemento, es de rigor, según el cartel, decir que no faltan sino veinticinco hombres. «¡Apresuraos! ¡No quedan más que veinticinco vacantes para entregar al público!» Tal como la venta de los paletós que se hace á voces, es el último paletó del almacén al que el pregonero da vueltas á la vista del concurso. En fin, hay allí demandas del alistamiento en globo; de una compañía entera, por ejemplo: «Se pide una compañía de hombres honrados mandada por un capitán instruido en el arte militar, dirigirse á tal calle tal número.» En todos estos anuncios públicos no se habla de oficiales. Su elección se hace lejos de las miradas y del contacto de la multitud. Los sueldos, sobre todo los de los grados inferiores, son considerables. Creo que un capitán no tiene menos de diez á doce mil francos por año, y que la dotación de un coronel se eleva á cerca de veinticinco mil francos.

»Yo he creído que era interesante explicar al lector, cómo se habían formado estos grandes ejércitos, la victoria de los que han sido en el continente del Nuevo Mundo el triunfo de la justicia y de la libertad. Me faltan títulos y competencia para hablar de esta formidable guerra bajo el punto de vista puramente militar. Yo no acepto ciertamente el juicio que un escritor, que antes ya he citado, el conde de París, da sobre este asunto.

»El relato detallado de estas campañas, dice dicho escritor, ofrece una serie de pequeños sucesos, que en nada parecen relacionados entre sí y que se presenta como monótona y cansada. Esta guerra, en sus diferentes aspectos, se asemeja á las

de la Edad Media, en las que los pequeños ejércitos avanzan y retroceden sin cesar el uno delante del otro, se pierden muchas veces de vista para encontrarse en un día de batalla y dispersarse al siguiente, faltos de medios de subsistencia, guerra hecha no sólo por el ejército, sino también por los aficionados entusiastas que conservan toda su independencia individual; guerra en la que toda la población, dividida por hostiles poderes, toma una parte activa y que por consiguiente ofrece un campo más vasto que toda otra guerra, á las violencias, saqueos y crímenes.»

»Esto me parece un punto de vista de la lucha tomado de muy cerca. Si, en efecto, á la primera mirada, la grandeza del territorio, el caos de los datos, de las fechas, de las cifras, de los hombres y lugares, las marchas y contramarchas de los ejércitos que se disputan el espacio comprendido entre Richmond y Washington hacen creer que todo es confusión en este inmenso conflicto, esto no es así en realidad. Por el contrario, los sucesos de esta guerra ofrecen en su sucesión, un carácter lógico y de sencillez que se halla en muy pequeño número en otras guerras, y que sería efectivamente maravilloso, si la lucha no hubiera sido en el fondo un choque entre dos principios.»

Probemos, pues, resumir en algunas páginas cuatro años de batallas y demostrar como en un cuadro sinóptico, las grandes determinaciones de esta gigantesca guerra.

Y ante todo, dos palabras sobre el teatro de la guerra.

Los Estados Unidos forman un inmenso valle, el del Mississippi, cerrado por dos vastas mesetas, la una que mira al Océano Pacífico (montañas Pedregosas), la otra que se inclina hacia el Océano Atlántico (montes Alleghanis). Esto particularmente en el valle del Mississippi y en especial en la meseta que mira á Europa donde la vida se concentra; él será el teatro de la guerra, que se divide en tres zonas.

La primera, situada al norte de Ohio, que la guerra no invade, provee con sus hijos al ejército y fabrica, trafica y especula para satisfacer las necesidades de los combatientes.

La segunda, se extiende sobre la ribera derecha del Mississippi y comprende los pueblos últimamente conquistados y colonizados. Esa es la guerra de guerrilleros, guerra que se hace de una manera irregular, sanguinaria, casi salvaje; pero sin influencia sobre el conjunto de las operaciones militares.

El verdadero campo de batalla tiene por límites:

al Norte, el Ohio y el Potomac; al Oeste, el Mississippi desde el Cairo hasta Nueva Orleans; al Sud, el golfo de Méjico, y al Oeste, el Océano Atlántico desde el cabo de la Florida hasta la bahía de Chesapeake; una quinta parte próximamente de los Estados Unidos.

Los Estados federales ocupaban la parte superior de esta inmensa meseta que, desde la cadena de los Alleghanis, va descendiendo por el lado de la mar y ensanchándose por el Sud. Ocupaban también la cuenca superior del Mississippi y de sus más grandes afluentes, el Missouri sobre la ribera derecha, y el Ohio y el Tennessee sobre la ribera izquierda.

Los Estados confederados ocupaban la desembocadura del Mississippi y una gran parte del curso del río (Tejas, Luisiana y Tennessee sobre la otra). Ellos cerraban toda comunicación con el mar á las ricas poblaciones del Oeste, poseían extensas llanuras que alcanzaban al Sudeste de la cadena de Alleghanis (Alabama, Georgia, la Florida, las dos Carolinas y una parte de la Virginia) y tenían una larga extensión de costas, pero costas rectas, menos favorables á los puertos y á la navegación que las costas profundamente accidentadas del Norte.

Entre el Norte y el Sud se hallaba el grupo de Estados del Norte que se llamaban Estados fronterizos (Border-States): la Virginia, el Tennessee, el Kentucky, el Missouri, el Marylande y el Delaware.

Estos Estados no empleaban esclavos, pero los compraban y vendían. Su situación geográfica les hacía el lazo de unión de los Estados extremos.

Estos son los pueblos que el Norte y el Sud se disputaban y que son el campo de batalla de los esclavistas y abolicionistas, de los federados y confederados.

Los cañones del fuerte Sumter habían dado la señal del comienzo de las hostilidades, y desde luego el Gobierno federal, arrastrado por las impaciencias de la nación, después de haber puesto á Washington al abrigo de un golpe de mano, creyó que sus voluntarios, por una marcha atrevida y un ataque inesperado, habían de poder sin dificultad posesionarse de Richmond. Muchos no veían en esta empresa sino un paseo militar. Estos no contaban con los largos ríos que tenían que atravesar, el Rappahanock, el Rapidan, el York, el Chikahominy. Por otra parte, no fueron ellos tan lejos. Cerca de Manassas en el riachuelo de Bull Run (torrente de Taureau), atacaron, bajo las órdenes de Dovel, el campamento del general Beauregard